

La transición mexicana / I

DAVID IBARRA

Este ensayo fue presentado en el Círculo de Estudios México. Agradecemos a esa asociación el permiso para su publicación.

Escudriñar el futuro es tarea que se ha intentado una y otra vez con resultados dudosos, cuando no equivocados en el dominio de las ciencias sociales. En materia económica, suele errarse la marca más allá de lo razonable con resultados predictivos usualmente pobres cuando se quiere anticipar la senda de los mercados. Por eso, se pone en tela de juicio el rigor de la economía en tanto disciplina equiparable a las llamadas ciencias duras o naturales. Además, con la desestatización de los países, más y más economistas -por obvias razones de mercado- dedican sus energías a desentrañar problemas o fenómenos concretos, de orden microeconómico, echando mano de complejas técnicas cuantitativas que apenas un puñado de especialistas pueden seguir. Y cuando se examinan cuestiones macroeconómicas, los necesarios supuestos simplificadores, unidos a técnicas abstrusas y a planteamientos teóricos diseñados para sociedades avanzadas, suelen rodear de un aura de irrealismo a los modelos econométricos y a sus conclusiones.

Desde otra perspectiva, es claro que toda sociedad en transición hacia formas de organización que rompen profundamente con el pasado, impone cargas insolubles a toda predicción econométrica sustentada en la estabilidad histórica de sus parámetros centrales. Por todas esas razones, lejos de seguir el camino de la anticipación cuantitativa, este ensayo se limitará a examinar el curso de la transición económica mexicana, señalar algunos de sus principales problemas y unos cuantos temas descuidados.

Los panegiristas del cambio postularon que la retirada del Estado del proteccionismo, la producción y el fomento haría que la libertad de mercados llevara a un ascenso sin paralelo del desarrollo y de la eficiencia. La apertura externa ofrecería el potencial casi ilimitado de la demanda mundial a los productores nacionales, liberándolos de las estrecheces de los mercados vernáculos. Todo eso haría fluir la inversión extranjera como agente modernizador y sustituto de los magros ahorros nacionales. Más aún, las ganancias de competitividad y la desregulación, reducirían los costos de transacción y la corrupción, y al mismo tiempo consolidarían a las exportaciones como el nuevo núcleo dinámico de crecimiento y empleo de la economía. De su lado, el resquebrajamiento del autoritarismo que traería consigo la modernización democrática, conduciría no sólo a eliminar los privilegios injustificables de las viejas elites, sino a instaurar procesos electorales transparentes, alternancia en el poder, donde resplandecería la voluntad popular.

A partir de tales argumentos, con los acicates de las crisis del endeudamiento latinoamericano de la década de los ochenta y sobre todo de las mudanzas del orden paradigmático mundial, México se lanzó sin mayor preparación al cambio, a dar comienzo a un complejo y profundo proceso de transición institucional. Del proteccionismo se abordó sin tregua el libre cambio; de la integración latinoamericana, se pasó a la integración con América del Norte; del Estado protagonista al Estado gendarme; del autoritarismo

presidencial a la democracia formal, del nacionalismo al cosmopolitismo, de la defensa de la soberanía nacional a la defensa de derechos humanos universales.

Todo se trastocó de raíz en el curso de pocos años: la economía, la forma de prosperar, la distribución del ingreso entre ganadores y perdedores del cambio, la legislación, las instituciones públicas y las de mercado. El presidencialismo autoritario pasó a ser reliquia del pasado; quedó abierto el acomodo recíproco entre poderes, por más que sus miembros fuesen novatos en el juego de la formación de consensos democráticos. La política de ser cuestión interna, se abrió a la influencia de poderosos actores externos públicos y privados. En el mismo proceso, la soberanía nacional experimentó serios acotamientos ideológicos y, desde luego, económicos. Los mejores esfuerzos se pusieron al servicio de amoldar al país a la globalización, mientras se descuidó la suerte de la mayoría de los miembros de la sociedad mexicana. Las dislocaciones internas fueron y siguen siendo severas, como lo atestigua el rompimiento de los pactos sociales anteriores, la búsqueda todavía infructuosa de avenidas al desarrollo sostenido, a la igualdad y al equilibrio social.

La promesa neoliberal posiblemente se cumpla a cabalidad en el muy largo plazo, cuando los mercados planetarios queden sujetos a regulaciones humanitarias que apenas se avizoran. Por lo pronto hay que vivir una transición difícil con obstáculos internos y externos.

Aun así, hay márgenes de maniobra. México es un país de innegable potencial de desarrollo. Con una población de 100 millones de habitantes y una economía que alcanza, según se cuente, el lugar nueve o doce en el mundo, tiene un tamaño de mercado interno que por sí mismo posibilita seguir avanzando en el proceso de industrialización y de formación de ventajas comparativas dinámicas. A ello se añade la abundancia de recursos energéticos, turísticos o pesqueros, la mejor red de carreteras y de obras de irrigación en América Latina. A mayor abundamiento, las reformas emprendidas ya se traducen en un floreciente comercio primario de exportación e importación, apoyado en una ubicación geográfica privilegiada con respecto al mayor mercado del mundo y en un racimo de tratados de libre comercio con esa y otras regiones.

En materia educativa hay deficiencias de calidad y otros rezagos. Con todo, el sistema tiene una cobertura amplia, el reclutamiento cubre casi 100% de los educandos de primaria y dos tercios de los de secundaria, se cuenta (1999) con 40% más de usuarios de internet y 30% más de computadoras personales que Brasil. En materia política se han fortalecido los partidos, la transparencia de los procesos electorales, la división real de poderes y la alternancia en los mandos ejecutivos, avances todos de significación en la modernización democrática.

Frente a ese potencial, frente a las promesas cumplidas e incumplidas y sin desconocer la enorme descarga ideológica que las justificó y avaló, conviene hacer un alto en el camino no para plantear un regreso anacrónico al pasado, sino para evaluar lo hecho, lo dejado de hacer y las posibles vías de reorientación de las políticas.